

Editorial

Si países como el nuestro son el campo de batalla de un mundo global; si en este campo, se pelea por la energía y los recursos naturales violentamente y con resultado incierto; si en la tregua circunstancial que vive el sur de América, después de la devastación de las dictaduras y de las desnacionalizaciones de los noventa, estas democracias con cierta sensibilidad social permiten respirar un poco, la educación pública argentina debe ser concebida, en su matriz, como una forma de lucha contra la pobreza.

Si dentro de esa educación pública, el nivel universitario es tierra de los pocos que llegan, es una misión primaria de quienes estamos a cargo del pizarrón contener y retener a nuestros alumnos que, recordemos, fueron los niños del uno a uno y los adolescentes de la crisis de 2001.

Y si nos toca una disciplina absurdamente desdeñada por el elitismo viejo de las ciencias sociales, que en las últimas décadas se ha abierto camino detrás de la demolición que el crecimiento brutal de la tecnología en comunicaciones ha producido, produce y seguirá produciendo a nivel planetario, la tarea de formar jóvenes en una Li-

cenciatura en Comunicación Social, además de un privilegio, es una posibilidad.

La universidad pública es un río de montaña. Se renueva año a año con la fuerza y la frescura de jóvenes que han crecido como han podido en un país arrasado.

Nosotros les contamos sobre el valor de la palabra como herramienta de trabajo, les proponemos leer profundo, les hablamos de un camino que empieza con una pruebita de ortografía y termina en el ejercicio profesional en un campo laboral de trascendencia estratégica, cuya potencialidad a futuro estremece.

Seguramente, los ayudamos a mirarse en un mundo y en un país que necesita cambios y revoluciones, defensores y realizadores de lo imposible, piedritas que construyan cumbres.

Y sin duda, les tratamos de enseñar a distinguir entre espectador y protagonista, entre sentir y transcurrir, entre parecer y hacer.

Si insistimos y perseveramos, es posible que alguno de los que recibimos salga de nuestra casa sabiendo, con certeza, que puede haber algo más que resignarse a vivir con la ñata contra el vidrio.

